

nombra como autores de esta correspondencia á T. C. Westphal, médico de Delitzsch y á T. D. Hocheisel (¿Hocheisen, profesor suplente en la facultad de filosofía de Wittenberg?); particularidad extraña, el siglo anterior (xviii) atribuía estas cartas á los dos teólogos Roeschel y Bucher, de los cuales el último era un ortodoxo apasionado que no hubiera consentido cartearse con un ateo, así se llamaba entonces á un cartesiano, á un espinosista, á un deísta, etc.; Roeschel, que era á la vez físico, pudiera muy bien haber escrito la segunda carta (anti-materialista) si se juzga por razones extrínsecas; pero todavía hay dificultades en decir quién era el verdadero autor materialista de las cartas primera y tercera así como de toda la obra. Este opúsculo, cuyo deplorable estilo refleja la triste época en que se compuso, está escrito en alemán, entremezclado con locuciones latinas y francesas; se ve en él un espíritu vivo y un pensamiento profundo; las mismas ideas, en una forma clásica y en una nación que tuviese confianza en sí propia, habrían tenido un éxito semejante á los escritos de Voltaire; pero en esta época, la prosa alemana estaba á cero en el termómetro de su valor; la flor de los librepensadores ponía entonces su ciencia en los escritos del francés Bayle y, después que se devoraron ávidamente muchas ediciones del escritor alemán, el libro cayó en el olvido.

El autor de dichas cartas se daba perfecta cuenta de la situación: «Espero, dice, que no se llevará á mal que las haya escrito en alemán, no pretendiendo, como no pretendo, destinarlas á la eternidad (*aeternitati*)»; he leído á Hobbes, pero, añade, «en otro espíritu»; en cuanto á los innovadores franceses, no sabe nada todavía de ellos (18). En el año 1713, fecha de la publicación de este libro, nacía Diderot y Voltaire, de edad de diez y nueve años, estaba prisionero en la Bastilla á causa de unos versos satíricos dirigidos al gobierno; el editor, en su introducción á las cartas sobre la esencia del alma, principia por

poner en evidencia los errores de las filosofías antigua y cartesiana, mostrando en seguida cómo la física terminará por suplantar á la metafísica, y, por último, generalizando la discusión, se pregunta si hay que seguir ahogando las ideas nuevas en provecho de una autoridad caduca y arruinada ó si hay que resistir á esa autoridad; «algunos aconsejan no adelantarse al vulgo ignorante y engañado, y mezclarse en sus juegos infantiles; otros, por el contrario, protestan solemnemente y quieren á toda costa ser mártires de sus verdades imaginarias; soy demasiado incompetente para decidirme por unos y por otros en esta controversia; no obstante, en mi opinión, parece probable que amonestando todos los días al hombre del pueblo se hará poco á poco más sensato, porque no es por la violencia, sino por la constancia de su caída, por lo que la gota de agua labra la piedra, como la experiencia lo atestigua; además, no negaré que no sólo entre los legos, sino también entre los que se llaman sabios, las preocupaciones tienen aún tan gran peso que es menester mucho trabajo para arrancar de la cabeza de las gentes esos errores tan profundamente arraigados; el maestro pitagórico ha dicho que esto es un recurso muy cómodo para la pereza y una capa excelente con la cual más de un filósofo puede encubrir su ignorancia de los pies á la cabeza; y punto en boca; basta que en nuestras acciones no sólo ocultemos lo aborrecible, sino hasta las serviles preocupaciones autoritarias.

Entre los mil ejemplos que pudiera escoger, tomo nuestra alma; ¡qué destinos tan varios ha sufrido ya la pobre muchacha! ¡cuántas veces no se ha visto obligada á vagabundear en el cuerpo humano! ¡cuán extraños juicios acerca de su esencia se han divulgado en el mundo! Tan luego como uno cualquiera la coloca en el cerebro, los demás en seguida la ponen en el mismo lugar; cuando otro la instala en la glándula pineal, todas las gentes le imitan hasta que un tercero la desaloja de allí, por parecerle esta

habitación demasiado estrecha y cerrada, y la asemeja á un grano de café, y, en tal concepto, declara que el alma está presente toda entera en cada parte del cuerpo como lo está en todo él, y, aunque la razón vea fácilmente que debería entonces haber tantas almas como partes de materia tiene el cuerpo, no faltan muchos, pero muchísimos monos que adopten esa idea porque el maestro, el difunto profesor, que contaba setenta y cinco años de edad y durante veinte fué el más digno rector de la Universidad, consideraba todo esto como la opinión más probable. Otros la aposentán en el corazón y la hacen nadar en sangre; quiénes la obligan á meterse en el ventrículo, y un soñador llega hasta hacer de ella la portera de un bullicioso alcázar como lo prueba suficientemente la inspección de los libros.

Pero cometen todavía la más grande patochada cuando hablan de la esencia del alma; no quiero decir lo que se me ocurre cuando veo un aborto de alma en el señor Comenius (á quien yo respeto mucho), representado en un globo pintado y compuesto únicamente de puntos, y doy gracias á Dios por no tomar parte en ese juego y de no tener tantas porquerías en el cuerpo. El mismo doctor Aristóteles, en el riguroso examen del bachillerato, se vería y se desearía para explicar su entelequia, y Hermolaus Barbarus no sabría si traducir en alemán su *rectihabea* por linterna nocturna de Berlín ó por carraca de la ronda de Leipzig; otros, que no quieren tener un gusano rodeor en la conciencia con la palabra pagana entelequia y que quieren también echar su cuarto á espadas, hacen del alma una cualidad oculta, y, siendo su alma una *qualitas occulta*, queremos dejársela *occultam*, en cuanto á su definición no es de desdenar porque tiene el mérito de refutarse á sí misma. Nosotros nos volveremos con preferencia hacia aquellos que deseen hablar más cristianamente y estar de acuerdo con la Biblia; entre esas personas espirituales el alma se llama espíritu, lo

que quiere decir que el alma lleva un nombre cuyo objeto nos es desconocido y que quizá no existe».

El autor materialista de la primera carta nos explica ampliamente por qué método ha llegado á su teoría. Viendo que los fisiólogos, y con ellos los filósofos, atribuían al alma las funciones más complicadas del hombre, como si se pudiese sin escrúpulo imponerle todas las cargas, comenzó por estudiar esas funciones en todas sus fases y por comparar las acciones de los animales con las de los hombres, y añade: «Como la analogía en los afectos de los animales y de los brutos ha hecho creer á algunos filósofos modernos que los brutos tenían también un alma inmaterial, y como los filósofos modernos han llegado á esta conclusión y los antiguos han explicado los actos de los brutos sin atribuirles un alma semejante, se me ocurrió preguntarme si no se podrían explicar también los actos del hombre sin la intervención de un alma cualquiera.» Y en seguida manifiesta que en el fondo casi todos los filósofos de la antigüedad no han considerado al alma como una substancia inmaterial tal como la entienden los modernos. «La forma, de la filosofía de Aristóteles, la definió muy exactamente Melanchthon diciendo que es: la construcción misma de la cosa; Cicerón hizo de ella un movimiento perpetuo, que resulta de la estructura del cuerpo sistemáticamente organizado; el alma es, por consecuencia, una parte esencial del hombre vivo, dividida, no realmente, sino solamente en la inteligencia del que la concibe.» Cita también la Sagrada Escritura, los Padres de la Iglesia y diferentes sectas; entre otras publicaciones, menciona la tesis que los anabaptistas imprimieron en Cracovia el año 1568, y en la cual se lee: «Negamos que un alma cualquiera subsista después de la muerte.» He aquí próximamente cuáles son sus opiniones personales.

Las funciones del alma, la percepción y la voluntad, que ordinariamente se llaman inorgánicas (es decir, no

orgánicas), se fundan en la sensación; el proceso del conocimiento se verifica de la manera siguiente: «Cuando el órgano de un sentido, sobre todo la vista y el oído, se dirige hacia el objeto, se efectúan diferentes movimientos en esas fibras del cerebro que terminan siempre en el órgano de un sentido; este movimiento en el cerebro es idéntico á aquél en virtud del cual los rayos luminosos caen sobre la placa de una cámara obscura y forman la imagen; esta imagen nace en el ojo, las fibras de la retina se excitan y este movimiento se propaga al cerebro y forma en él la idea; la combinación de estas ideas se opera por el movimiento de las fibras del cerebro de la misma suerte que se forma una palabra por los movimientos de la lengua, y así se realiza el principio *Nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu*; el hombre no sabría nada si las fibras de su cerebro no fueren excitadas convenientemente por los sentidos; esto se efectúa por la instrucción, el ejercicio y la costumbre; así como el hombre se parece á sus padres en los rasgos exteriores, lo mismo debe ocurrir con su organización interna. El autor, que á menudo y sin incomodarse se burla de los teólogos, se guarda muy bien, sin embargo (conservando sus opiniones materialistas acerca del hombre), de provocar un conflicto demasiado radical con la teología, absteniéndose por completo de filosofar del universo y sus relaciones con Dios; desechando abiertamente en muchos pasajes la idea de una substancia inmaterial, cae en la contradicción por no haber pensado en extender su principio á la naturaleza entera; pero, ¿es realmente inconsecuencia ó está conforme con el principio *gutta cavat lapidem*? Esto es lo que no sabemos. En teología pretende seguir la opinión del inglés Cudworth; en otros términos, admite, por no chocar con las creencias de la Iglesia, una resurrección del alma y el cuerpo el día del juicio final y declara también que Dios dió á los primeros hombres un cerebro de una estructura perfecta, pero que después de la caída de

Adán se deterioró como el cerebro de un hombre á quien la enfermedad hace perder la memoria.

Cuando hacemos algo, la voluntad se decide siempre en virtud de la impulsión más fuerte, y la teoría del libre albedrío es inadmisibile; se deben reducir las impulsiones de la voluntad á las pasiones y á la ley; quizá se pudiera creer que tantos movimientos en el cerebro producirán en él necesariamente confusión, pero basta recordar cuántos rayos luminosos deben cruzarse para darnos las imágenes de los objetos y cómo, por lo tanto, los rayos que se asocian llegan siempre á su fin; si nuestra lengua puede pronunciar innumerables palabras y formar discursos, ¿por qué las fibras del cerebro no han de poder producir movimientos aún más numerosos? Todo depende de esas fibras, como se ve particularmente en el delirio; mientras la sangre hierve y las fibras están, por lo tanto, agitadas de un modo desigual y confuso, hay frenesí; si ese movimiento se verifica sin fiebre, es la manía; la sangre puede dar ideas fijas como lo prueban la hidrofobia, la picadura de la tarántula, etc. Otra especie de enfermedad mental es la ignorancia, de la cual deben librarnos la educación, la instrucción y la disciplina; «esta educación y esta instrucción son el alma verdadera que hacen del hombre una criatura racional»; en otro pasaje el autor cree que los que distinguen tres elementos en el hombre, «espíritu, alma y cuerpo, estarían más acertados entendiendo por espíritu la instrucción que han recibido y por alma la aptitud de todos los miembros del cuerpo, particularmente las fibras del cerebro, en una palabra, la facultad de pensar.

El autor es muy prolijo cuando se esfuerza en ponerse de acuerdo con la Biblia, pero con frecuencia su ortodoxia aparente se hace traición en observaciones irónicas y maliciosas; por lo demás, el fondo de esta primera carta se aproxima mucho al espíritu materialista primitivo de la doctrina de Aristóteles, que hace de la forma una pro-

piedad de la materia; así, el autor, cita con predilección á Straton y Dicearco, declarando no participar de su ateísmo; pero, lo que sobre todo le complace, es la definición del alma por Melanchthon; la definición del alma ó del espíritu, como resultado de la instrucción, está formalmente atribuída en un pasajé á Averroes y á Themistius, pero se ve en seguida que aquí, el panteísmo platónico de Averroes, se trueca en materialismo; sin duda Averroes hace de la razón inmortal en todos los hombres una sola y misma esencia, idéntica con el contenido objetivo de la ciencia, pero esta identificación del espíritu y de su contenido descansa en la doctrina de la identidad del pensamiento y del sér verdadero que, como razón divina, coordena las cosas, tiene su existencia real fuera del individuo y no brilla en el hombre más que como un rayo de la luz divina. En nuestro autor, la instrucción es un efecto material que la palabra emitida produce en el cerebro; de hecho esto no tiene el aspecto de una atenuación puesta involuntariamente á la doctrina de Aristóteles, sino más bien una transformación sistemática que la imprime un carácter materialista.

En la tercera carta, el autor se expresa en estos términos: «Tomar el alma del hombre por un ser material es á lo que nunca he podido resolverme, aunque haya oído muchas discusiones acerca de este asunto; jamás he podido comprender qué ventaja física se sacaría en esta cuestión con la adopción de semejante idea; pero mi inteligencia se niega, sobre todo, á admitir que las demás criaturas hayan sido organizadas de tal modo que las atribuyan sus actos visibles á su materia así formada por Dios; el hombre no puede gloriarse de este beneficio solo (al contrario, estaría completamente inerte, muerto, impotente, etc.); y hay necesidad de introducir en el hombre algo que pueda, no sólo efectuar los actos que le distinguen de las demás criaturas, sino hasta comunicarle también la vida.» El autor cree rechazar la censura de ser un

mecánico, es decir, un materialista: «No hablo más que del mecanismo ó disposición de la materia que introdujo las formas de los peripatéticos, y, para no tener ni la apariencia de producir una nueva filosofía, prefiero dejarme acusar del *præjudicii auctoritates* y confesar que he sido arrastrado por Melanchthon, que se sirve de las palabras *exædificationis materiæ* para explicar la forma, es decir, el alma del hombre; representándose exactamente el punto de vista adoptado por Aristóteles, es fácil ver que la expresión *exædificationis materiæ*, ó más exactamente *ipsius rei exædificatio*, no nos enseña si la facultad de construir emana de la materia ó si hay que atribuirle á la forma como á un principio especial, superior y existente por sí mismo que se podría muy bien designar con la palabra «alma». Indudablemente el escritor ha querido aquí atrincherarse detrás de la autoridad de Melanchthon ó atormentar á los teólogos, ó quizá ambas cosas á la vez; no toma muy en serio su punto de vista peripatético, como parecen probarlo las objeciones que promueve inmediatamente después á propósito de la explicación de las formas, y que acaban por decidirle á recurrir á los átomos de Demócrito considerados por él mismo como los conservadores de las formas de todos los cuerpos de la naturaleza (19); se diría igualmente que juega á la gallina ciega cuando el adversario aparenta materialismo; en la segunda carta trata de censurar al autor de la primera las consecuencias ateas; no es imposible que esto sea una táctica, análoga á la de Bayle, que tenga por objeto llevar al lector á las mismas consecuencias; este es otro motivo para creer que toda la obra ha salido de una sola y misma pluma.

El notable opúsculo del cual acabamos de hacer un análisis, merece atraer la atención porque no está en modo alguno aislado como documento y como prueba de que el materialismo moderno (abstracción hecha de Gassendi) es más antiguo en Alemania que en Francia, sobre

todo para quien conozca hoy al excelente médico Pancracio Wolff, el cual el año 1697, como él mismo dice en sus *Cogitationibus medico-legalibus*, sometía al juicio y á la censura del mundo sabio la siguiente tesis: «Los pensamientos no son actos del alma inmaterial, sino efectos mecánicos del cuerpo humano y en particular del cerebro.» En 1726 Wolff, habiendo sin duda en este intervalo sufrido una penosa experiencia, publicó un folleto en el que declara que su antigua opinión no podía dar lugar á todas las deducciones anticristianas que se habían sacado de ella y según las cuales habría negado la providencia especial de Dios, el libre albedrío y todos los principios de la moral; fué estudiando el delirio producido por la fiebre como Wolff llegó á sus conclusiones y, por lo tanto, según un método análogo al que debió seguir la Mettrie.

Miguel Ettmüller, célebre profesor de medicina en Leipzig, dicen que admitía también un alma material, aunque por otra parte no negaba la inmortalidad; en su calidad de jefe de la escuela médico-química pudiera ser quizá considerado como materialista en el sentido que nosotros damos á esta palabra; pero evidentemente desde fines del siglo xvii y principios del xviii, mucho tiempo antes de la difusión del materialismo francés, los médicos tendían á emanciparse de la psicología de los teólogos y de Aristóteles para seguir sus ideas personales; por su parte, los ortodoxos trataron de «materialista» más de una teoría que no merece este nombre; no olvidemos que uno de los caracteres del desarrollo de la medicina, como de las ciencias físicas y naturales, las hace venir á dar en el materialismo lógico; una historia del materialismo debe estudiar también con cuidado estas épocas de transición; pero todavía en la actualidad faltan para la cuestión que nos ocupa los trabajos preliminares necesarios (20).

CAPITULO II

La Mettrie.

El orden cronológico.—Biografía.—La *Historia natural del alma*.—La hipótesis de Arnobio y la estatua de Condillac.—*El hombre-máquina*.—Carácter de la Mettrie.—Su teoría moral.—Su muerte.

Julián Offray de la Mettrie, ó habitualmente La-mettrie, es uno de los nombres más desacreditados de la historia literaria, poco leído y menos conocido hasta por aquellos mismos que se complacen en desacreditarle cuando la ocasión se presenta; este prurito de denigración proviene de sus contemporáneos, por no decir de los que participaban de sus opiniones; la Mettrie fué en Francia el yunque del materialismo del siglo xviii; cualquiera que tocaba el materialismo con intenciones hostiles, maltrataba á la Mettrie como el representante más exagerado del sistema; los mismos que se inclinaban hacia el materialismo, le daban de puntapiés para curarse en salud de las censuras que pudieran dirigirles; esto era tanto más cómodo cuanto que la Mettrie fué no sólo el más exagerado de los materialistas franceses, sino también el primero en el orden cronológico; produjo, pues, doble escándalo y durante largos años, con cierto aire de dignidad, se le señaló con el dedo, lo que no impedía que poco á poco se fueran apropiando sus ideas, como se dieron más tarde por originales los pensamientos tomados á la Mettrie, aunque rechazándole con tal unanimidad y energía en las protestas que desorientaron á los contemporáneos.

Restablezcamos antes que nada el orden cronológico.